Introducción al Turismo

**Carrera:** Tecnicatura Universitaria en Gestión de Empresas Turísticas

**Curso:** 1º Año

**Unidad Nº 1**: Conceptualización del Turismo

**Profesor:** Albano Perini

Evolución histórica del turismo –

El Viaje Turístico

Las Motivaciones del Viaje Turístico

Siempre se han tratado las motivaciones del viaje como un asunto puramente personal. Hay que reconocer que los motivos que lanzan al hombre al viaje son difícilmente reducibles a un esquema.

Kurt Krapf (Kurt Krapf, “La Consumición Turística”), entre otros muchos, intentó una enumeración entre las que figuran la búsqueda de conocimientos; la necesidad de reposo o curación; el viaje por devoción o por motivaciones políticas; y el contraste por el “paisaje diferente”. Ellos dan lugar al viaje cultural, al termalismo o climatismo, a la peregrinación religiosa o política, etc.

Bernecker agregó “el viaje por el viaje” (La Literatura del Viaje como fuente histórica), es decir, el tradicional viaje por placer.

A esta lista se agrega hoy, con las condiciones de vida de las grandes ciudades, el “viaje como evasión”, que, a diferencia de los anteriores sería más que un *viaje hacia…, una huida desde…*

**Motivaciones Colectivas**

Estas motivaciones se manifiestan, a veces, espléndidamente colectivas: hay períodos de balnearismo, de alpinismo, de descubrimiento del arte o de los sitios de altura. Nos parece como si de repente toda la humanidad estuviese enferma y tuviera necesidad de ir a Baden-Baden (es un municipio balneario de la Selva Negra, al suroeste de Alemania), a Vichy (es una ciudad y comuna francesa orillas del río Allier) o a Marienbad (es un famoso balneario de la Región de Karlovy Vary, en Alemania). La moda impera y hay temor de no estar “à la page” (a la moda, al día). Pero ¿no estamos hoy en un período de “playas calientes”?

¿No vemos la misma fiebre en nuestros contemporáneos? Las enfermedades que trataban nuestros abuelos eran las mismas cuya curación buscamos hoy en el Mediterráneo.

Los motivos de Krapf son, pues, los motivos puros: el del reumático, el del peregrino atormentado por el remordimiento, etc. Para la masa, de ideas oscuras e inciertas, está, además, como motivación, el instinto, que no es el “viaje en busca de placer”, sino el viaje por necesidad vital. No es “viaje hacia…”, sino “viaje desde…”. Es huida.

Es claro que los medios de transporte han influido en los períodos ecuménicos y en los aturísticos. La invención de la herradura y su generalización posterior, hacia el siglo X, explicaría los movimientos ecuménicos del románico; las ballestas, el desarrollo del Turismo en los finales del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX; el ferrocarril, el de la segunda mitad del XIX. Y es curioso observar cómo estos inventos fueron productos de épocas no ecuménicas, de cansancio.

Sólo en nuestros días va la técnica tan de prisa que no permite pausa. Siguieron, sin respiro, la etapa del automóvil y del desarrollo de la aviación. Apenas podemos, al analizar los tiempos, encontrar, con Charles Reau “una edad del ferrocarril de cremallera”, seguida por “la de los teleféricos”.

La historia de los viajes tiene, pues, una gráfica sinusoidal hasta el siglo XX, en el que se lanza, con variaciones y cortes bruscos – por las guerras – hacia los clímax actuales.

**El deseo de evasión**

El Hombre frente a la Tierra Madre desarrolla civilizaciones diferentes. En principio vemos al hombre paleolítico depender de la caza de bisontes o cérvidos. Como éstos dependen de los pastos, el Hombre es nómada. Cuando inventa la agricultura se hace sedentario. Nomadismo y sedentarismo son dos “conductas” diversas y antagónicas. Nosotros, herederos de ambos, somos sedentarios, pero llevamos en un subconsciente profundo el recuerdo oscuro de una etapa de la Humanidad que duró milenios: la etapa nómada, móvil, de aventura y de temor; pero de íntima comunión con la Naturaleza.

Nomadismo y sedentarismo son dos conceptos de la vida. El tránsito de una a otra debió ser tremendamente largo, creando estadios de pueblos “recolectores” naturales, es decir, sin siembra previa ni roturaciones. Hubo que adivinar que la semilla, enterrada, resurgiría de nuevo en planta, como en el mito de Démeter y Kora (***leer en apuntes, Naturaleza y Mito***). Incluso entre los primitivos actuales hallamos estos estadios intermedios: pueblos esquimales, por ejemplo.

Pero hay más, como los hombres “azules” del Sahara o los gitanos, que deambulan todo o parte del año, unidos con un hilo invisible a un núcleo geográfico que sirve de referencia. En cambio, los sedentarios, pueblos que desarrollan después toda la civilización actual, seguirán mirando con recelo al eterno viajero no afincado en parte alguna.

Es presumible que en nuestra conciencia surja esta opinión, que refleja Juan Ramón Jiménez en su cuarteta:

*Mar desde el huerto,*

*Huerto desde el mar.*

*Ir con el que pasa cantando,*

*O verlo desde el huerto pasar.*

El nómada es hombre de largos horizontes. Contempla el paisaje en conjunto, en síntesis. En su raciocinio deduce de arriba abajo, de lo general a lo particular. Su estética es la de los grandes volúmenes y las masas de color, pero unas y otras se deshacen cuando las traspasas. Su religión es panteísta.

El sedentarismo, en cambio, es tranquilo, quieto. Se cierra en el pequeño marco del horizonte vallado de su huerto. Más allá está el peligro, lo desconocido. Pero en su mundo lo conoce todo: el terrón de tierra que abre con la azada. Es hombre del detalle, del análisis. Su raciocinio es desde lo suyo, particular, a lo general desconocido. Su estética, de lo minúsculo. Su religión, monoteísmo.

Pero el nomadismo lleva prioridad de siglos en la historia de la Humanidad. Desde la aparición del hombre hasta el Neolítico, hacia el 5000 antes de Cristo. El nomadismo suma algo así como medio millón de años. El Neolítico, y no en todos los sitios, unos siete mil.

Cierto es que el sedentarismo ha originado toda la civilización actual, y desde un primer paso, que todavía perdura, la del agricultor que vive en “su” Naturaleza, pero vida natural, al fin, produce una segunda cultura. Ya no es el aprovechamiento directo de los productos agrícolas, sino su transformación. Es la civilización industrial la que se abre paso paulatinamente para desembocar en el mundo moderno industrial y urbano. Urbe e industria frente a la aldea autárquica, agrícola y ganadera.

Es en este medio moderno donde el hombre vive hacinado, de espaldas a la tierra que le produjo, inmerso en una cultura artificial de asfalto, luces de néon, acondicionamiento de aire y calefacción, transportes y centros de trabajo y diversión “masificados”, domicilios estrechos, sin un rayo de sol, donde el hombre actual disfruta de una vida sin libertad y sin tierra, a cambio de un alimento seguro y de unos goces civilizados.

Es en estos cuerpos esclavizados donde la mente puede añorar la libertad antigua y la tierra perdida. Surge en lo hondo un deseo de “evasión” de las cadenas diarias: cadenas del vestido – del cuello duro y la corbata, o del zapato de tacón -, del asfalto, de la luz eléctrica, del teléfono, de todo lo que huele a encierro y que ha perdido su atractivo de “jaula dorada”. Evasión, ¿a dónde?; a la Naturaleza: bien en su estadio nómada total, bien al pequeño mundo del agricultor y pastor del Neolítico: Turismo itinerante o Turismo residencial.

**La seducción del Mediterráneo**

Para el estudioso del Turismo no es un descubrimiento el auténtico éxodo que en verano, pero en invierno también cada vez en mayor cuantía, lanza a los europeos del norte y del centro a las playas del Mediterráneo.

La cuenca mediterránea cobra así un interés específico, como un hecho de la civilización actual dentro del marco de la Geografía Humana. Cada año más millones de europeos sienten la “llamada del Sur”, como si se tratase de un gigantesco balneario en el que se recobrara la salud perdida, o un gran centro de peregrinación de una religión panteísta. Ante este hecho cabe preguntarse qué es el Mediterráneo y cuáles son sus elementos de atracción. Si esta fuerza imantada, surgida en pocos años, tendrá una persistencia prolongada o es una moda pasajera. Si se puede actuar sobre el Mediterráneo para reforzar las corrientes turísticas. ¿Por qué el Mediterráneo?...

Indudablemente, todo el futuro de nuestro Turismo se halla inmerso en estas preguntas. La contestación a ellas significa la mayor o menor urgencia en los planes de desarrollo; la confianza o desconfianza en el “monocultivo” actual del Turismo; la promoción rápida o cuidadosamente limitada de centros y zonas de interés; la política entera a seguir, en una palabra, en el último tercio del siglo XX.

La seducción mediterránea no es privativa de nuestro Mediterráneo. Otros Mediterráneos – Caribe, Antillas, Mar del Japón, Mar Caspio – refuerzan con Turismo, más o menos desarrollado, la tendencia humana hacia estas playas calientes.

Los geógrafos han visto en esta cuenca una condición fundamental estimulante de la vida: el clima. De este clima, especialmente apto para la humanidad, se deduce que haya sido cuna de civilizaciones. Según esto, la cuenca mediterránea reúne el condicionante supremo del clima suspirado y perdido. Un patrimonio artístico, histórico y monumental ligado entrañablemente a la historia de Europa podría ser también elemento coadyuvante, pero no fundamental.

**La civilización del ocio**

La llamada civilización del ocio, *loisir,* en francés, es la meta no demasiado lejana de la civilización actual. *Loisir* viene del latín *licere,* estar permitido, referido al tiempo libre fuera de las ocupaciones habituales de libre disposición. El sentido de esta palabra no es, pues, solamente ocio, sino reposo, comodidad, y la realización de toda acción que no pueda ser considerada como trabajo remunerado: entretenimiento, juegos, prácticas del deporte, vida de relación, actividades culturales – exposiciones, conferencias, etc. – y Turismo. Es el concepto del *dopolavoro* ***(investigar)*** italiano.

La civilización del ocio ha comenzado en la actualidad a tener carta de naturaleza en las preocupaciones de los sociólogos, políticos y economistas, y con una intensidad creciente, a consecuencia del aumento progresivo del tiempo libre en todas las capas de la sociedad.

En efecto, si comparamos las condiciones de vida de los trabajadores del siglo pasado y anteriores, según se desprende de los novelistas de su época, con los de hoy día, vemos cómo la fijación de la jornada laboral, la conquista de la semana “inglesa” y las vacaciones anuales han venido a implantar nuevas formas de vida antes desconocidas. La automatización, la técnica del trabajo, los nuevos medios de organización y de productividad y la cibernética dan como resultado una mayor producción a costa de un menor esfuerzo humano. Con ello se va logrando una reducción paulatina de jornadas, un mayor período de vacaciones y un adelanto en la edad de jubilación.

En los países desarrollados la jornada semanal es de unas cuarenta horas de trabajo. Fourastié *(fue un economista francés, conocido, en particular, por haber acuñado la expresión "Treinta Gloriosos", así designando el período próspero que conoció Francia desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta el primer choque petrolífero)* indica como en Norteamérica se implantó, no hace mucho para los obreros electricistas de la construcción, la de treinta y dos horas semanales, y que esta conquista será imitada próximamente por todo el mundo trabajador de los Estados Unidos y Europa. Se consideran ya seis semanas de vacaciones ininterrumpidas al año, lo que, junto a las restantes fiestas y domingos, viene a dar un total de nueve meses de trabajo anual, siendo, por tanto (treinta y seis semanas por treinta y dos horas), solamente mil ciento cincuenta y dos horas de trabajo al año.

Si estimamos ahora la vida laboral de un trabajador entre los 20-25 y los 75 años, es decir, cuarenta años de vida activa, da un conjunto de cuarenta y seis mil ochenta horas de trabajo. Se estima como meta a alcanzar en un futuro no lejano la de las cuarenta mil horas.

Frente a esta actividad laboral hallamos la vida humana, extendiéndose cada vez en mayor longevidad. Considerando sólo la actividad del ocio entre los 15 y los 75 años, es decir, durante setenta años, hay un total de quinientos veinticinco mil seiscientos horas de existencia, de las que podemos deducir las cuarenta mil horas laborales, quedando libres no menos de cuatrocientas ochenta y cinco mil horas.

No es extraño que esta cifra preocupe a sociólogos, economistas y políticos. Y que al amparo de estas perspectivas se plantee la civilización de los *loisirs* como un auténtico problema para el próximo futuro. Jamás hubo para el hombre tan gran oportunidad de atender a una formación humanística tan completa como la que se avecina. Educación elevada, comprensión internacional, serán sus resultados. En este tiempo libre de millares de horas, el Turismo tiene su parte importante, y por ello vemos su futuro con toda confianza.

Las tendencias del turismo a finales del siglo XIX

El Turismo en el siglo XIX, y en todos los tiempos, tiene dos tendencias, según el grado de reversión del sedentarismo.

Así, en el siglo XIX, el Turismo itinerante sería derivación del “viaje del caballero”, y emplearía la diligencia primero, y el ferrocarril después, en la segunda mitad de la centuria. Y entroncaría con la misma tendencia del automovilismo del siglo XX. Se caracteriza por ser Turismo de ciudades: *tour* a estilo británico, cuando proporcionaba prestigio el conocimiento de las poblaciones del continente, pero no exclusivo de los ingleses.

*Por su parte, el Turismo residencial se desarrolla según varias directrices:*

1. La más conocida es la derivada del **termalismo *(investigar*)**. La afluencia a los balnearios produce conversión de éstos en lugares aptos para el placer o el descanso. En el siglo XIX se asiste a un florecimiento del Turismo residencial termal, y las cortes de los principales países no son ajenas a este movimiento hacia las *villes d’eau* ***(investigar)****.* Como todo turismo residencial, produce, en mayor medida que el itinerante, el desarrollo de los núcleos de recepción, mientras que el primero desarrolla los medios de transporte.
2. El termalismo entra en decadencia en los finales del siglo XIX. Se observa una adaptación hacia el **casinismo** ***(investigar)*** a partir de mediados del siglo – Montecarlo, en 1860 -.

La nueva “sociedad” estrena los grandes *kursaales* ***(investigar)****,* que llegan anticuados a nuestra época.

1. El **paisajismo**. Aparece como movimiento turístico de verano desde los finales del siglo XVIII y va tomando incremento paulatinamente. Suiza se pone de moda como lugar de reposo. Domina el paisaje de montaña, pero visto desde las ciudades. Ginebra registra en 1828 unos 50000 extranjeros. La boga de estas estaciones viene lanzada, además, por el prestigio de unos precursores que marcan las grandes escaladas, desde Horace Benedict de Saussure (conocido como el fundador del [alpinismo](https://es.wikipedia.org/wiki/Alpinismo)), en el Monte Blanco (1787), hasta Whymper (fue un alpinista y explorador inglés, conocido por ser el primero en ascender el Cervino en 1865 y el Chimborazo en 1880), en la Aguja Verde y en el Cervino, ochenta años después. Es, en lo que pudiéramos llamar el final de este período, cuando se fundan los Clubs Alpinos (británico, 1857; italiano, suizo y austríaco, 1863; francés, 1874), que desarrollarán, después, un Turismo deportivo. No es extraño que en estas fechas se crease el primer Parque Nacional del mundo, en los Estados Unidos ***(investigar)*** (1872).
2. La prolongación del paisajismo de la primera mitad del siglo XIX da en la segunda el que denominamos *período alpino* de altura. Desde 1860 en adelante, las ciudades suizas verán un Turismo de tránsito – más o menos acelerado- en dirección a las cumbres. Surgen numerosos lugares de **alta montaña**, “sitios de altura” apoyados en una hotelería naciente ante esta demanda. En 1869 se funda en Suiza la Unión Internationale des Hôteliers. En 1889, asombro de la época, se inaugura el ferrocarril de cremallera del Monte Pilatos (el más empinado del mundo ***– investigar-***). Seis años más tarde se constituye la Unión Internationale des Amis de la Nature ***(investigar).***
3. Hasta ahora el Turismo residencial en Centroeuropa ha sido puramente estival. Desde 1892 van a comenzar las **vacaciones de invierno**. En efecto, la agencia de viajes inglesa Henry Lunn organiza en dicho año, con pleno éxito, un tour a Grindewald (es uno de los destinos más populares y cosmopolitas de vacaciones y excursiones de Suiza y el centro de esquiar más grande de la región del Jungfrau), que es el primero de esta clase. El signo deportivo de mediados de siglo se acentúa ahora en los finales, que verán la restauración de los Juegos Olímpicos (1896). El esquí y todos los restantes deportes de nieve van a tener en Suiza su apogeo en los cincuenta años siguientes. Merano (es una ciudad de la Provincia Autónoma de Bolzano ubicada en el norte de Italia), en el Tirol italiano, data también de finales de siglo. Pero el crecimiento de las estaciones de nieve de Italia, Francia, Alemania y Austria vendrá con un poco de retraso, en la prolongación de esta tendencia, en el período “entre guerras” del siglo XX (Sestriéres, Garmish-Partenkirchen, etc.), y en España en los 1950 (primer telesilla español en La Molina, 1946).
4. **El mar**. Aparece, con pequeños brotes anteriores, a mediados del siglo XIX. En España, la reina Isabel II toma baños de mar en San Sebastián desde 1845, y en esta ciudad se encontraba el año de su destronamiento (1867). En Francia, la emperatriz Eugenia lanza la Côte d’ Argent ***–investigar-*** (Biarritz). La Baule ***–investigar-*** (es una población y comuna francesa) se inicia en 1880. Es el comienzo de una serie de playas – Ostende, hacia 1900; Scarborough, etc. -, que tienen como común denominador el ser playas frías, de corta estación, y, por tanto, estivales.

En realidad, el lanzamiento de estas costas no significa todavía el descubrimiento del baño de mar y el aprovechamiento de los placeres de la playa. Es Turismo “vestido”, de veraneantes que huyen del calor del interior. Sin embargo, es curioso que desarrolle núcleos artificiales que, a veces, exigen grandes obras e instalaciones. Un poco antes del fin del siglo se modifica la tendencia de las playas frías. Aparecen las playas cálidas –Costa Azul, Brione, Rivieras italianas, Canarias -, como lo prueba la construcción del primer Palace Hotel en Niza (1883) y el *boom* del período 1880-1900. Pero, como en el período anterior de las playas frías, tampoco el mar es el protagonista. Parece observarse como un cierto miedo, derivado de las temperaturas frígidas del mar del Norte y del Báltico. Es vida ciudadana, apoyada en el juego (Mónaco, 1,5 millones de visitantes en 1911) o en la vida plácida.

Los períodos del Turismo en el siglo XX

*La Historia del Turismo internacional en el siglo XX muestra unas curiosas evoluciones, que pueden resumirse de este modo:*

1º Período 1900

Crecimiento tímido cortado bruscamente por la Primera Guerra Mundial (1914-1919). Son escasas las estadísticas nacionales e internacionales.

2º Período 1919-1929

Nueva onda ascendente hasta llegar al *peak* year ***(investigar)*** de 1929.

3º Depresión económica.

Iniciada en Estados Unidos, repercute en Europa con las devaluaciones monetarias de Inglaterra y Alemania. Crisis del Turismo en 1932 (***investigar).***

4º Período 1933-1939.

Nuevo ascenso hasta alcanzar el *peak year* de 1937 (que no tiene reflejo en España, por la guerra civil de 1936-1939). Crisis de 1938, que no llegó a tener resonancia por el estallido de la II Guerra Mundial en septiembre de 1939.

5º II Guerra Mundial.

Desde 1939 a 1945, significa una total paralización del Turismo. Tiene, además, un período de postguerra de unos cinco años de recuperación.

6º Período del “boom”.

Comprende cinco lustros (de 1949 a 1973) de crecimiento sorprendente. Desde unos nueve millones de cruces fronterizos en la primera de las fechas citadas asciende ininterrumpidamente a doscientos millones, presentándose como un fenómeno social característico de la segunda mitad del siglo XX. Puede observarse un ligero estancamiento en los años 1967 y 1968.

7º La crisis mundial del petróleo.

Las tendencias inflacionistas de finales del período anterior se agravan con los resultados políticos de la guerra árabe-israelí de septiembre de 1973. El alza de los precios de los crudos desencadena un período de recesión que se refleja a partir de 1974, con estancamientos y retrocesos en las corrientes turísticas, durante un trienio.

8º Período actual.

Se observa una neta recuperación en 1978 de un 9 por 100 de promedio que se paraliza con nuevas alzas del petróleo en 1979. Grandes oscilaciones en todo este período para los diversos países, que pueden dividirse en grupos según su crecimiento. Acelerado o retardado, tendencia hacia el crecimiento, o reducción constante.